

DEFENSA DE LA REVOLUCIÓN

Es el deber más imperioso del momento ganar la guerra. De ello depende el éxito de la Revolución. Por eso todos los esfuerzos han de ir encaminados a la vigorización de nuestros frentes, a su aprovisionamiento, a cuanto acelere la derrota definitiva del fascismo.

Cuando se habla de la defensa de la Revolución que ha hecho el proletariado y que sigue su curso ascendente, surgen exigencias que reclaman la atención permanente de todo el pueblo.

Una Revolución económica y social tiene dos frentes para su defensa, para su afianzamiento, para conseguir sus objetivos emancipadores: la defensa armada y las conquistas económicas.

Con las armas se defiende la Revolución de las agresiones exteriores y las intentonas contrarrevolucionarias del interior. Los productores de la nueva sociedad han de organizar sus fuerzas armadas, eliminando su militarización al estilo burgués, mediante el control directo de los organismos económicos. Hasta tener la seguridad de que la Revolución no corre peligros, las circunstancias imponen el armamento del pueblo.

Con las conquistas económicas se impide el estado de desconfianza, de duda, de temor a los cambios fundamentales; se fomenta y multiplica en el pueblo la fuerza más poderosa en un período de creación: su conciencia revolucio-

naria, su fe en la Revolución, su capacidad reconstructiva.

Cuanto más avance la Revolución en las conquistas económicas, dando satisfacción a las necesidades del pueblo, más el pueblo aportará en esfuerzos para proseguir en la labor reconstructiva.

Una Revolución que se estanque a mitad del camino es una Revolución que fracasa. Fácil será a los que aspiran a implantar «gobiernos de plenos poderes», «gobiernos fuertes», «dictaduras de partido», especular sobre el descontento de las masas para arrastrarlas al desastre.

Nuestra Revolución tiene como terrible e indeseada acompañante, en su etapa inicial, la Guerra. Una guerra que hay que llevar a cabo de acuerdo a los modernos instrumentos de lucha y a las tácticas militares consiguientes. Una guerra que nos resta las mejores energías, nos impone soluciones, nos restringe la labor reconstructiva, para poder aplastar sin piedad al ejército de los asesinos de la coalición fascista internacional.

Todo para la guerra. Con este lema, nuestro pueblo trabaja, combate, hace sacrificios enormes. La defensa de la Revolución coloca en el primer lugar de todas las actividades la lucha armada. Y esta guerra se produce en el interior de España, estallando la Revolución proletaria como respuesta inmediata del pueblo. No se trata ya de poner en armas a los proletarios contra agresiones de afuera o de adentro, una vez victoriosos en el hecho revolucionario. A nuestra Revolución le ha tocado en la historia la más difícil de las situaciones.

Casi media España está en manos de los fascistas. Y esto implica forzar la economía de nuestras regiones, solucionando los problemas del abastecimiento a los dos frentes, a las fuerzas de guerra y a la población de la retaguardia. Sobre la marcha misma de la guerra, la Revolución ha debido hacerlo. Debe seguir haciéndolo.

La unidad revolucionaria en la guerra al fascismo ha sido deber ineludible y es hoy indispensable para lograr la victoria. Esta unidad ha obligado a limitaciones en el terreno de la especialización. Podemos afirmar que estamos en los comienzos de ella. Nos enfrentamos así a otro factor que imprime a nuestra Revolución caracteres especialísimos.

La guerra ha de ganarse

acrecentando la producción en las industrias apropiadas y elevando al nivel más alto el espíritu revolucionario de nuestro pueblo. Para ello, la socialización de la producción y el consumo se imponen. No bastan las colectivizaciones parciales, la producción desordenada, la distribución a base de colas desmoralizantes y de diferencias dolorosas en el derecho de compra de artículos de primera necesidad.

Hemos dicho que la victoria y la reconstrucción económica están entrelazadas. Reclama la guerra el máximo rendimiento de la retaguardia. Y la experiencia enseña que no hay mayor rendimiento en cualquier industria que el logrado cuando se concierta, se coordina, estimulando las iniciativas y creaciones de todas las inteligencias, aprovechando el esfuerzo útil de todos los brazos necesarios. Ha llegado la hora de poner a los Sindicatos de industria en la gestión de la economía. Para la guerra y por la Revolución, hay que socializar, y como complemento indispensable hay que establecer el consumo equitativo, la distribución socializada. Los efectivos en armas, víveres, ropa, y la moral de nuestros milicianos, aumentarán indudablemente. El pueblo ha de impregnarse cada vez de mayor fe en la Revolución cuando más pronto vea realizada la justicia en la distribución.

El proletariado tiene una misión que cumplir: defender a toda costa la Revolución. Esta defensa exige transformaciones que hay que realizar cuanto antes. Es la clase trabajadora quien tiene en sus manos la solución. Está en sus organismos



El generalato fascista pasa revista a sus forajidos. Cuando atacan, su «apostura» de jefes y la fama de barbarie de sus mercenarios se convierten en impotencia. Los generales asesinos seguirán fracasando.

Llamada de la F. A. I.

Estamos peleando con todas nuestras fuerzas. Estamos dando la vida en el combate. No tiemblan nuestras armas en el choque con las armas de los canallas. Damos todo el calor de nuestra sangre, toda la fiebre de nuestras ansias, y batallamos, y batallamos hasta la muerte. ¿Para qué?

Para abatir para siempre al monstruo fascista. Para convertir en cenizas sus fortalezas. Para arrancar de raíz la fuente en que se nutre, la leche que mancha, el lodo que es su caldo de cultivo. Queremos decir: para poner punto final al régimen capitalista.

¡Para ser libres! Libres de los dictadores providenciales. Libres de los látigos legales. Libres e iguales. Para vivir, al fin.

Este es el ideal que lleva como bandera de su guerra social este pueblo nuestro, al que el mundo proletario mira con orgullo, admirado de su empuje y su potencia. La libertad. La voluntad de ser libres.

Y ahora, camaradas, mientras despacháis mensajes de muerte con los fusiles, ametralladoras y cañones, con el ardor de quienes aman más que su vida la libertad, ahora, hermanos nuestros, mientras hacéis retroceder a los mercenarios de la gran traición, dando más y más impulso a nuestro avance, en la España revolucionaria y en su Cataluña libertaria, se lanzan proclamas insensatas, se susurran salidas funcistas, se declaman consignas tramposas.

Y hasta deciros, camaradas, que se quiere ensayar «para ganar la guerra», un «gobierno fuerte», un «gobierno con plenos poderes», una «dictadura antifascista», para no hacer preciso otro llamado. Para poner en guardia, para que vuestra bravura esté presta para hacer callar a los pregoneros de la esclavitud, sean quienes sean.

No. Para defender la libertad, para defender la revolución, para afirmarnos en la marcha, estamos dispuestos a todo. Que termine la comedia de los doctores de las fáciles recetas que nada resuelven y que encadenan a las masas. Que cesen los parlanchines y teorizantes de los milagros del «puño de hierro».

Nuestra llamada, la llamada de la F. A. I., el grito de guerra de nuestro pueblo es uno al entrar en escena los enamorados del látigo: ¡DICTADURA, NO! Observadlos, y cumplir con el deber de los hombres libres, cuando cuadre.

FEDERACION DE ANARQUISTAS PORTUGUESES EXILIADOS

Se comunica a todos los revolucionarios portugueses exiliados en el extranjero, y particularmente a los que residen en España, se pongan en relación inmediata con el Comité de esta Organización.

Escribir a la dirección siguiente:

Comité de la F. A. P. E.

Ateneo Racionalista de Mislata, Valencia.

CAMARADA BUSCADO

Al camarada Gabriel Cortés Moya, desaparecido en la retirada (Toledo) de la Pasiónaria, su angustiada madre lo busca, pidiendo noticias. Dirigirse al Sindicato de la Carolina (C. N. T.) a Juana Moya Moya.



Para transformar en armas revolucionarias.

¡COLAS!

Hemos recorrido y vivido el «drama» de las colas. Sus largas filas de mujeres, sus escenas dolorosas o cómicas, sus aspectos multiformes. Una cosa es indudable: que debe hallarse solución. Nadie que tenga noción de lo valioso del tiempo, puede permanecer tranquilo ante el cuadro de pobreza que representan las colas. Nadie que sienta la angustia de esas centenas de mujeres embarazadas que avanzan en busca de patatas, huevos o pollo, puede aceptar como definitiva la situación.

No es el hambre lo que siente el pueblo. Porque hambre nadie sufre. Porque la carencia de víveres no es tan cierta como la pregonan los irresponsables y saboteadores de las alarmas falsas. Lo que desmoraliza, lo que siembra el descontento es que las largas colas no son soportadas por igual por todos. Las pesetas aseguran todavía el privilegio de evitarlas. Lo que causa, es la espera interminable para llegar a la meta de un puesto de aprovisionamiento.

¿No hemos dicho que la distribución debía ser equitativa y podía organizarse por haciendas, a domicilio? ¿No hemos hecho una Revolución justiciera? ¿No sería posible terminar con el privilegio de unos, y la pérdida de tiempo y las lamentables cosas de las «colas»?

Para triunfar en la guerra antifascista y en la Revolución, luchamos unidas todas las fuerzas de la Libertad. La política de los partidos que llevan a las crisis, a las disputas, a la rivalidad, no puede retardar la marcha hacia la victoria. La F. A. I. y la C. N. T. exigen de todos lealtad y consecuencia, mantienen la unidad revolucionaria, y afirman que todo divisionismo o cualquier intento de hegemonía, no serán tolerados. El pueblo obrará con la máxima energía para asegurar el triunfo. Hay que terminar con las actitudes contrarrevolucionarias.

Recuerden todos que vivimos en época de Revolución. Quien no esté a la altura del momento, está de más en la contienda. Esperamos que lo entiendan los interesados.

En las fundiciones de la C. N. T., los obreros de la Revolución realizan sin descanso la formidable tarea que a la retaguardia corresponde: la fundición de los poderes brutales y «celestiales».

